

Luz roja en Alemania

OTRA vez se muestra Alemania como el punto en que aparece más sensible la tensión entre el Este y el Oeste. Allí comenzó, aún no bien acabada la Segunda Guerra Mundial, la larga historia conflictiva de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. Por Alemania y en Alemania cristalizó la realidad de los dos grandes bloques de poder que se han repartido prácticamente la influencia en el mundo actual, el de los países occidentales y el de las naciones comunistas.

La línea que divide las dos Alemanias es extremadamente delicada. Con su imponente montaje de fosas, vallas, barras de alambre electrificadas, torres de vigilancia establecido por la República Democrática para impedir que los ciudadanos puedan libremente abandonar el país, es algo así como un poderoso cable de alta tensión que recoge de forma muy precisa las oscilaciones de mayor o menor enfrentamiento entre el Este y el Oeste. Y, de manera especial, Berlín, con la perduración del muro que la parte en dos, testimonio de incalculable valor para calibrar la separación radical entre dos mundos que son como la noche y el día en el concepto de la sociedad y el hombre.

Se explica, pues, perfectamente que ahora el presidente soviético Breznev haya elegido el aniversario de los veinte años de la constitución de la República Democrática Alemana, y precisamente el Berlín Este, para pronunciar un discurso muy significativo en cuanto da la medida de que volvemos a estar en un momento frágil y peligroso de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, occidental y el mundo comunista.

Kissinger, en sus «Memorias» que está publicando «La Vanguardia», explica que él y Nixon se propusieron poner orden en las relaciones entre Washington y Moscú, establecer un «modus operandi» que regularizara los tratos bilaterales para evitar el riesgo de que cualquiera de las dos partes pudiera actuar sin seguir de cerca las reacciones de la otra. Pues bien, actualmente estos cauces de seguridad están fallando. Washington y Moscú dan la impresión de que no captan ya la sintonía respectiva. Por todas partes se rompen las garantías de equilibrio: intervención militar soviético-cubana en África, presencia rusa en Afganistán, acción del castrismo en el Caribe, crecimiento desmesurado de la potencialidad militar de la URSS, crisis ocasionada por la presencia de soldados soviéticos en Cuba.

Crecen los temores, la alarma, las exigencias de volver a prevenirse, a perfeccionar y aumentar los dispositivos de defensa. De nuevo, la tensión sube de punto. Y lo que se plantea, claro, en Europa, se condensa en Alemania. ¿Hay que instalar allí los misiles norteamericanos que pueden contrarrestar la amenaza de los instalados por la URSS en sus regiones occidentales?

Por esto Breznev acude a Berlín. Se muestra entre la corte numerosa de los dirigentes de los países satélites, con los que asiste a una tremenda demostración de poder militar. Y pone por delante la formidable máquina bélica de la Alemania del Este para adelantar unas propuestas destinadas a desalentar a los países europeos de la OTAN, pero principalmente a la Alemania occidental, respecto al refuerzo de su disponibilidad para la defensa nuclear. Con una mano ofrece la retirada de 20.000 soldados soviéticos de Alemania mientras con la otra predice una situación «delicada» para los países que acepten los misiles «Pershing 2» norteamericanos. Se presta a reducir el número de misiles SS XX pero pide un cambio que Norteamérica no lleve ninguno a Europa de los que pueden neutralizarlos. Se trata de asustar, debilitar la voluntad defensiva de la Europa occidental y de manera especial que la República Federal Alemana renuncie a restablecer el equilibrio nuclear con el Este.

Mientras tanto, cuando los 20.000 soldados soviéticos se vayan de Alemania aún quedarán 230.000. Más 210.000 alemanes del ejército regular, 500.000 miembros armados de las milicias populares, 80.000 de las fuerzas de seguridad interior...

Se enciende luz roja en Alemania, luego la crisis sube. No afecta sólo a África, al océano Índico, al Caribe. Es la defensa de Europa, la seguridad del occidente de Europa lo que vuelve a plantearse; o sea, el punto más sensible de las relaciones entre el Este y el Oeste. Moscú ha hablado por boca de Breznev con amenazas y promesas. La palabra la tiene ahora Estados Unidos y, sobre todo, la misma Europa occidental, especialmente Alemania.

Desde la perplejidad

POCO, oscuro y hasta contradictorio es lo que llegamos a saber de la República Popular China, y no creo que ello se deba únicamente a deficiencias y malevolencias de los medios de información occidentales, incluidos los soviéticos. Siempre ocurrió algo así, por otra parte. Me refiero, sobre todo, a su política: a su vida política interior. De hecho, «aquello» es «otro mundo», no sólo remoto, sino considerablemente distinto al nuestro en sus tradiciones fundamentales. ¿Cómo conseguir «entenderlo»? Existen, sin duda, sinólogos expertos, aquí; pero tampoco hacen nada, o no hacen gran cosa, para facilitar el acceso al tema. Los sugestivos libros de Etiemble, sin ir más lejos, sirven más para subrayar las ignorancias pendientes que para introducirnos en las cuestiones inmediatas. Y lo que Pequin ha esparcido a los cuatro vientos en los últimos años, cantidades inmensas de papeles, solía ser propaganda pura y simple: literatura destinada a promocionar una cierta «imagen» del régimen de Mao o a apoyar ideológicamente la línea diplomática, internacional, del mismo... Sea como fuere, China y los chinos, hoy, constituyen un pedazo de humanidad tan enorme, tan decisivo, que resulta alarmante el «trato» que le damos.

Y no por lo del antiguo y sobado «peligro amarillo». La propia expresión «peligro amarillo» ya quedó archivaada cuando China, la China eterna, prolífica y misteriosa, se convirtió en la China Popular, un «país socialista». Justamente porque si subsiste como «peligro» nadie tiende a calificarlo de «amarillo», puesto que merecería otro adjetivo, sorprende la banalidad con que es enfocado. Nadie me malentenda: no pienso ahora en el «peligro rojo» que pudiera ser ex-«peligro amarillo». Para mí, lo confieso, son «peligros» todos los mastodontes estatales que nos agobian: los USA y la URSS, pero también China, y, desde luego, la India, por ejemplo, pobretona y destaralada, que Dios sabe lo que será mañana. Los jubilados estados —«grandes estados»— a «escala europea» siguen poniéndome la piel de gallina: parece que han dejado de ser una amenaza inminente, pero sólo lo parece. Y hasta los «pequeños estados» más o menos nuevos, empezando por el de Israel y acabando por el que puedan crear los palestinos, y toda la pululación de la ONU, me horripilan. Estas «formaciones sociales» —¿cabe llamarlas así?— son un permanente potencial de angustias colectivas, para sus súbditos o componentes y para los de la vecina. El embrollo lleva a las mayores aberraciones. Y es, en principio, eso: un embrollo, donde confluyen para aliarse y/o combatirse (nunca se sabe) intereses económicos, nacionalismos tribales, motivaciones de clase...

Por de pronto, las noticias son de que en la China Popular empiezan a «desmaoizarse». Bueno. Me inclino a suponer que eso no dañará a

El destino de China

nadie ni a nada. Los autócratas —de cualquier «color»— que han durado mucho tiempo se ven condenados a una sucesión que los revoca. La historia está llena de casos. Difunto Mao Tse-Tung, algún día se desencadenó en Pequin, la típica «lucha por el poder», y perdieron la jugada la viuda y sus amigos, «la banda de los cuatro». Son accidentes que sufren las mejores familias. ¿No fue ejecutado Beria como cómplice del imperialismo capitalista? Las intrigas palaciegas nunca cesaron de ser curiosamente decisivas. La explicación a posteriori de los historiadores «sociales» y «económicos» nunca me pareció suficiente. La «nariz de Cleopatra» sigue siendo un factor clave: no diré que más, pero tanto como los crisis económicas, las curvas de precios y salarios, los movimientos de masas. Muerto Mao, la cebada al rabo. Mao, creador de la nueva China, se integrará al panteón del patriotismo local. Como Stalin, Washington, Cronwell, Garibaldi, Hitler, la reina Victoria, Carlomagno o don Ramiro el Monje. Cuando pasa a mejor vida uno de estos tipos, la población respira. No ha de extrañarnos que los nuevos mandamases chinos procuren «desmaoizar» a su ciudadanía, previamente «maoizada» por métodos infalibles.

Sólo que Mao tuvo una proyección no-china: la pro-china. Las «extremas» izquierdas del ámbito capitalista, y en especial sus aficionados intelectuales, han experimentado graves desencantos sucesivos: el descrédito del stalinismo afectó directamente a las simpatías hacia la Unión, «paraíso del proletariado» y tal; con Fidel Castro y su Cuba —Castro ya advirtió que una revolución no es un quateque—, ocurrió lo mismo; los innumerables «socialismos-nacionales» que surgieron de la Descolonización, hacen reír, o llorar, según el humor del espectador; el Vietnam victorioso y reivindicativo ha perdido las adhesiones primarias, tras sus últimas aventuras belicosas; el eurocomunismo es una chanza; los troskos no encuentran un «modelo» plausible... Queda Albania. La olvidada, enana y firme Albania, de momento, entenece a la máxima izquierdosidad occidental. ¿Hasta cuándo? China lo fue hasta que Mao se desvaneció como mito. ¿Quedan todavía chinos? Me lo pregunto. Y si los hay, ¿qué significa eso? ¿Qué significa ser «maoísta», a estas alturas? ¿Y qué fue Mao Tse-Tung, como teórico, dentro del trabajo marxiano por un «socialismo científico»? Para un hipotético «extremista» puritano, sólo —insisto— queda Albania. Los soviéticos se han reblanqueado, Fidel fuma puros y perora idioteces, la China Popular va hacia una «socialdemocracia» oriental. Los llamados «socialismos islámicos» y otras bromas clericales de los fanchos coloniales, casi siempre sargentos, no son dignos de tener en cuenta...

Y ahora, sin ánimo de incoordinar, sería el momento de revisar la «doctrina» de Mao: no su teje-maneje de gobernante, sino sus «teorías» que, quizás útiles entonces en su

sitio, fueron trasplantadas a un Occidente distinto. ¿Fue Mao verdaderamente «marxista»? Es una pregunta posible. Cuando M. Garaudy todavía no había ingresado —o reingresado— en la Comunión de los Santos, y oficiaba de stalinista feroz, apuntó una crítica anti-Mao totalmente aceptable. La simplificó: el marxismo, programas aparte, tiene una ascendencia «dialéctica» dentro de la filosofía europea, que va de Hegel hacia atrás, hasta llegar a Aristóteles. Lenin ya remarcó que para entender no sé cuáles pasajes de «El Capital» era imprescindible haberse tragado no sé qué mamotreto de Hegel. Pues eso. Mao absorbió de Marx, no el «sistema», la «alegoría». El y sus colaboradores procedían del budismo, del taoísmo o de Dios sabe qué: de premisas escasamente aristotélicas. Por lo demás, Mao nunca leyó a Hegel —y no se lo reprocho—, y vagamente a Marx: Tenía otras cosas que hacer, y en ellas no se equivocó. El famoso catecismo titulado «Libro rojo», de Mao, es un papel que da pena: ni es marxista ni nada. Ni siquiera es maoísta, y valga la paradoja. Su éxito en Occidente ha sido escaso. En el fondo, los que lo tomaron en serio eran individuos que igual se habrían apuntado al Oráculo de Delfos.

Un día, alguien escribirá la historia del «Libro Rojo» de Mao. Examinará su contenido y lo juzgará con tristeza. Pero se sentirá avergonzado al contemplar fotos de prensa en las que aparecen millares, centenares de millares de chinos, excitados, levantando el brazo y empuñando el «boquin» oficial, y recitando a coro sus eforismos. Igual podrían haber recitado en masa versículos de la Biblia o del Corán. O de algún arcaico texto védico. O como centenares de miles de yanquis han entonado el «Corazón santo, tú reinarás», pero en inglés y con otra melodía, en las etapas norteamericanas del papa Juan Pablo II. La efervescencia maoísta —con su ininteligible «revolución cultural», que no fue ni revolución ni mucho menos «cultural»— corre el riesgo de dispersarse. Quizá ya se haya agotado. ¿Por qué nadie tendría que seguir siendo «maoísta», si el Mao-dios se esfuma y lo que permanece es la burocracia, que en aquellas latitudes debe de evocar los milenarios tinglados del mandarínato?... Por supuesto, no sabemos nada de China. Casi nada. De esa perplejidad, y de otras mayores, deriva la práctica desaparición del «maoísmo» grupuscular. Como languidece el trostkismo, por otras razones. Y apenas quedan stalinistas. Carrillo, Marchais, Berlinguer, ¿qué son sino unos héroicos resistentes socialdemócratas? Dios les bendiga. Tal como soplan los vientos, más vale ser «revisionista» que nada. Todo lo demás es «derecha». Y que conste que ésta es una opinión personal, descalificada y escéptica. Por lo menos, queda claro que nadie quiere hacer la «revolución».

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

¿CUANTO NOS CUESTA EL TELEFONO?

Señor Director: En la página 14 de la edición de «La Vanguardia» del día 9 del presente octubre, se publica una nota de la oficina de Prensa de la Telefónica con la que se pretende justificar la tarificación por zonas. Prescindiendo de si esta nota es o no convincente, sería muy positivo que la Telefónica publicase definitivamente sus tarifas y los consabidos aumentos cuando éstos se produzcan, pues pocos saben, por no decir nadie, cuánto le cuesta el teléfono. También sería conveniente que la citada compañía Telefónica explique el beneficio obtenido por las pequeñas agrupaciones de población como compensación por el cobro derivado de la llamada tarificación por zonas.

Javier COMIN ROS

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

Señor Director: Quisiera hoy tocar un punto que afecta a cientos de miles de familias como es el tema de la enseñanza no estatal. Este verano, en la revista «Paris Match», aparecía un reportaje sobre el infernal paraíso socialista en el que se ha transformado hoy Suecia. El artículo apuntaba como uno de los motivos del caos el monopolio de la enseñanza por parte del Estado, con una concepción totalmente política y alejada de la más elemental regla de formación y pedagogía. Sin ir más lejos, en junio pasado tuvimos ocasión de escuchar en el Palacio de Montjuich, durante el II Congreso de Escuelas Libres, como especialistas de Inglaterra, Francia, Bélgica e Italia exponían el nuevo auge que toman hoy las escuelas no estatales. Las alternativas favorecen no sólo la libertad sino también —tanto para unos como para otros— la calidad y hasta el costo de la enseñanza. Sería absurdo que viviéramos en país donde se defiende la economía de mercado y que por otro lado, en un capítulo tan importante como es el de la educación, cayésemos en el monopolio.

Y esto nos podría ocurrir cuando se presenten a debate en el Parlamento dos proyectos de Ley que pueden ir contra la supervivencia de la enseñanza no estatal: el Estatuto de los Centros Docentes no Universitarios y el de la Financiación de la Enseñanza Obligatoria. Mientras en la Constitución se reconoce

al ciudadano el derecho de crear centros educativos, ahora puede surgir el consabido «reglamento» que haga ineficaz este derecho, uno de los más elementales del hombre.

Como ciudadanos, tenemos ahí otro de los retos de la democracia, porque no podemos pensar que el Estado velará por nosotros, si de alguna manera no lo hacemos llegar antes nuestros deseos. Es una de las servidumbres de la democracia, el no poder dormirse, porque de lo contrario, ¿quién defendería los propios derechos? ¿Quién los elevará a los responsables de tomar las decisiones? Y ahí está la diferencia entre los políticos buenos y menos buenos, el saber captar los deseos y las necesidades de los ciudadanos antes de que deba recurrirse a las burdas interrupciones de tráfico o pintadas; antes de que «inexplicablemente» se pierdan unos votos con los que se contaba con plena seguridad.

Y llegados a este punto que no nos vengamos con demagógicas confusiones de gratuidad con enseñanza estatal. Todos tenemos la inteligencia suficiente como para saber que la gratuidad puede conseguirse tanto para los centros estatales como para los no estatales sin exclusividad.

Eusebio FERRER HORTET

BRANDY Y CRUCIGRAMAS

Señor Director: Mientras me hallaba observando la televisión durante la tarde del día 7, domingo pasado, se inició una nueva sesión de anuncios, una de tantas y tantas.

Pude apreciar en un anuncio una mano dirigiendo una pluma estilográfica sobre una revista de pasatiempos y crucigramas, así pues, fortaleciendo la mente y asimismo pasando un buen rato de ocio.

Pero cuál fue mi sorpresa al ver que era un anuncio de brandy, que creí entender desmerecía este entretenimiento aconsejando una copa de brandy en lugar del citado pasatiempo y lamento no recordar íntegro los comentarios del «spot» publicitario. Si bien el «slogan» hacía hincapié al final del mismo. «Si tiene tiempo, beba su tiempo». Frase con la que estoy de acuerdo. Ciertamente, una copa de brandy, en la sobremesa, después de una taza de café, o bien en momentos determinados por diversas circunstancias, es licor apetecible.

Pero, señores, lo que no encuentro positivo es que expongan al público televidente que es más aconsejable tomarse

una copa de brandy que hacer crucigramas.

Es muy interesante aprender y conocer nuestro bello y extenso vocabulario.

Jorge SANZ MARTINEZ

DISPONDRAN DE NUESTROS ORGANOS

Señor Director: No lo pude remediar, un tremendo escalofrío recorrió mi espalda. Palabras textuales de doña Francesca Marine en su carta: «¿Dispondrán de nuestros órganos?», de 2-10-79.

Lo mismo me sucedió a mí al leer la dicha carta y pensar que al final del siglo XX puedan haber personas como ella.

Seguramente se cree muy «cristiana», sin pensar que otras personas necesitan sangre para transfusión, el riñón de un donante para salvar su vida o la de un hijo suyo, o quizás unos ojos, para devolver la visión a un ciego.

¿Habría escrito lo mismo de encontrarse en el lugar de uno de estos desvalidos?

El sentimiento no se ve, pero existe, continúa su carta. Si no es capaz de dar al prójimo una cosa suya cuando ya no la necesita, ¿cómo están sus sentimientos?

Por fortuna conozco a personas, entre ellas mi esposa e hijos, que también tengo, que no han necesitado ninguna ley para ser altruistas.

No se preocupen, dando usted una orden no la trocarán. Solamente se la comieran los gusanos.

Joaquima PIBERNAT I CODINA

PRAT DE LA RIBA EN VEZ DEL PRINCIPE DE ASTURIAS

Señor Director: Me permito dirigirle esta carta, ya que hace un par de días y con el consiguiente asombro por mi parte, al pasar por la Avenida del Príncipe de Asturias, vi que habían pegado encima de las placas de mármol de la citada avenida un papel que decía Avinguda de Prat de la Riba. Supongo que esto habrá sido obra de unos cuantos inconscientes que no se dan cuenta del daño que causan a Barcelona a los ojos del resto de España cuando ofenden de esa forma a S.M. el Rey don Juan Carlos I, suprimiendo el nombre de la Avenida del

Príncipe de Asturias, actual heredero a la Corona de España, S.A.R. don Felipe. Con mis respetos al señor Prat de la Riba, creo que podría dedicarse otra avenida y no suprimir ésta. Estoy convencido de que el actual Ayuntamiento de Barcelona no se debe haber dado cuenta de este atropello, pues si así fuera hubiera enviado rápidamente algunos empleados del municipio para que quitasen dichos papeles pintados y pegados en tales placas de mármol. Si Barcelona es archivo de la cortesía, según dijo don Miguel de Cervantes, no puede ni debe de tolerar dicha ignominia.

R. CASTELLS

LLAMAMIENTO A UN CONDUCTOR

Señor Director: Le agradecería publicara la presente carta con el fin de que pueda ponerse en contacto conmigo, el conductor del Seat 124 al que rocé en la autopista A-2 el pasado día 30 de septiembre a las 20 horas aproximadamente. Desconozco los datos de dicho conductor por no haberme detenido ya que, por ser médico, me estaba ocupando del traslado urgente de los heridos habidos pocos minutos antes y que presentaban lesiones de consideración.

Dicho señor me puede localizar en el teléfono 253-99-22, de 8 a 14 horas.

Jorge GRAU LATRE

¡POBRE BARCELONA!

Señor Director: Estoy de acuerdo con lo expuesto por mi colega en lo que a la increíble suciedad de las fachadas barcelonesas se refiere, si bien opino que ello no debe atribuirse en su totalidad a la absurda congelación de los alquileres, ya que con anterioridad a ésta, la inmensa mayoría de los inmuebles tampoco destacaba precisamente por un deseable aspecto exterior, en comparación con otras urbes europeas, tanto por la desidia de sus dueños, como por el absurdo arbitrio municipal sobre el aseo de las fachadas.

Quisiera añadir que un aspecto más bochornoso todavía, para propios y extraños, ofrecen las pintadas de unos y de otros, que últimamente vuelven a proliferar por doquier, en fachadas, monumentos, buzones y hasta en los asientos de los autobuses. ¿Qué pretenden los autores de actos tan vandálicos? Sin duda ignoran que con tales desafueros no van a despertar simpatías ni logran adhesiones por su causa, sino todo lo contrario. ¡Conmigo que no cuenten!

UN GUIA DE TURISMO